

LA TARDE

Año XXVI

Diario republicano

Número 6.966

DIRECTOR:

J. LÓPEZ BARNÉS

REDACCIÓN:

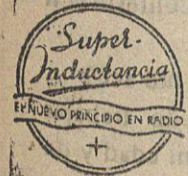
AVENIDA DE LA ESTACIÓN

Lorca, Martes 10 Julio 1934



No arrincone su receptor miniatura por su defectuoso funcionamiento, porque tenga alguna avería o porque estén sus válvulas fundidas.

Entréguelo a cualquiera de los Representantes Oficiales Philips y, funcionando o no, le abonarán por él 100 pesetas, facilitándole a cambio un novísimo receptor Philips a «Superinductancia» 834 para ondas cortas y largas, con el que podrá Vd. disfrutar de la radio con absoluta seguridad, con un gasto ínfimo de corriente y lejos del temor de que el receptor deje de funcionar o se fundan sus válvulas. Es un producto Philips y está garantizado.



PHILIPS A "SUPERINDUCTANCIA"

ONDAS CORTAS Y LARGAS

Representación oficial: Ferretería de Segura, Canalejas 31
Teléfono 153 R.—LORCA. VENTA A PLAZOS

Un libro nuevo

“Las Gestas Españolas”

Nuestro querido amigo y compañero en la Prensa don Diego Sánchez Jara, acaba de publicar un libro. No necesita el distinguido publicista, —bien lo sabe él como lo sabemos nosotros— elogios ni ditirambos en su pro, de pluma tan humilde como la nuestra. Pobre pluma que, fatigada de emborronar cuarenta años y años, cansada y vieja, sin vigor ni brillo, no habría de añadir a la bien ganada reputación de nuestro querido amigo, un átomo de notoriedad sobre la que él ha sabido conquistarse en esta penosa lucha sin galardón que se llama periodismo.

Sánchez Jara nos, distingue con su afecto, con su estimación, y uno y otra, han inducido al bondadoso compañero a enviarnos un ejemplar de su nueva producción: Las gracias con el alma, querido amigo, que un libro es siempre para mí obse-

quo de tanta monta, que nunca me canso de agradecer tamaña distinción. Gracias con el alma.

Reacios andan mis ojos porque al cansancio se rindieron, a seguir la estrecha senda que le marcan las letras de molde: Mis ojos que tantas páginas devoraron con afán creciente, con ansia infinita, sufren hoy, tardos y perezosos, el placer y la lectura que lenta y calladamente apagan su luz.

Pero su libro, amigo Sánchez Jara, su libro que es un acierto por el móvil que le impulsó a escribirlo. Prosificar de modo ameno y sencillo y correcto lenguaje, estilo limpio y claros conceptos las gestas españolas; resucitar los gloriosos hechos, las heroicas hazañas de aquellos nuestros antepasados recios de corazón y recios de espíritu; de aquellos que al tejer sobre la urdimbre de la vida con sus inmortales hechos

BANCO HISPANO-AMERICANO

CAJA de AHORROS

Imposiciones 3 1/2 por 100 anual

Tipo máximo autorizado por el Consejo Superior Bancario.

la Historia de España crearon el alma nobilísima de nuestra patria, que alma de los pueblos fué siempre su historia; desempolvar los viejos cronicones, las doradas leyendas impulsado por el nobilísimo deseo de que los niños sepan de aquellos engendradores de la raza hispana, eso, mi querido amigo, no es sólo hacer cultura, es hacer patria. ¡Pobre patria la nuestra que degenerada al presente por insensatas ambiciones y bastardos propósitos, carente de sentido ético y sobrada de espíritu práctico, necesita resurgir con nueva sabiduría, haciendo que en la mente como en el alma del niño fructifiquen los gérmenes que de ese libro emanan.

Un acierto feliz, amigo Sánchez Jara, escribir ese libro en los niños pensando, dedicándolo a ellos, los hombres del mañana. Un acierto por el que yo le envío mi felicitación más entusiasta, deseando tenga la acogida que su hermosa producción merece entre la población infantil a quien va dedicada.

JUAN DEL PUEBLO

BANCO INTERNACIONAL DE INDUSTRIA Y COMERCIO

BUCHAS DE CAJA DE AHORROS

Intereses anuales al 3 y 1/2 por 100

DESDE LA CALLE

Vamos a bajar los ojos

Por Joaquín Pérez Madrigal

...me basta decir que ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento, ni en ningún acto de la vida hay, refiriéndose a mí, dirigiéndose a mí, nada que me infame ni que me haga bajar los ojos, ni en el terreno político ni en el terreno moral, ni en ninguna de aquellas manifestaciones de la actividad donde tantos hombres tienen máculas que borrar y perdonar. Cuando se habla conmigo no se puede iniciar el diálogo así. (Diego Martínez Barrio. Discurso parlamentario. «Diario de las Sesiones» del día 4 de Julio de 1934.)

Yo no sé lo que se habrá creído el señor Martínez Barrio. Desde mi modestia le tenía por hombre principal, por ciudadano entero, por político meditador y resuelto, sagaz y firme. Desde mi modestia he comprobado que este señor es otra birria con todas las excelencias que se quiera, pero otra birria. Y van siendo ya muchas, por desgracia. El nutrido plantel de conductores populares que inyectaron júbilo, fe y esperanza a la patria republicana del 14 de Abril han ido apareciendo, fulgurando y extinguiéndose rápida y sucesivamente. Por ahí andan bamboleándose a merced de bajos vientos, como globitos grotescos en pérdida de gas, los estadistas del bienio. Quedaba bien plantado con su figura airosa este D. Diego que los combatió. Pero como si eso de las izquierdas insepultas impregnase la atmósfera política de unos bichejos malignos y epidémiales, hete ahí que este ex gran hombre, defectuosamente vacunado, ha caído presa de la peste siniestra. Ya no están solos por ahí a merced de los bajos vientos aquellos semiexhaustos artilugios. Uno más, demasiado inflado, estalló el otro día. El Sr. Gil Robles le clavó la aguja de una palabra bíblica y sobrevino el estallido. D. Diego no podía más. Llevaba mucho tiempo hinchado. Para remontarse libre acababa de romper amarillas. Tenso, reluciente, con la tripulación lista, iba a iniciar el crucero, el único, el auténtico crucero republicano... Pero el Sr. Gil Robles, audaz y malévolo, invirtió la última hora de la farsa magna en enseñarle al país lo que tenía dentro este otro impreso nante estadista. Le pinchó decidido en la tenue piel de su infladísimo bagaje ideológico. Y —¡zas!— a los cinco minutos se arrugaba flácido, se bam-

boleaba triste al ras del suelo y lo manchaba con el pringue vulgar, con la cochambre soez de unas injurias inconcretadas, izadas como pendones de ignominia sobre la pregonada fortaleza moral propia.

No, D. Diego. No tiene usted razón. Es usted demasiado soberbio para ser tan pobrecito. Es usted demasiado despiñarrador para no tener fortuna. Y, además, es usted muy ingrato. Olvida muy pronto que lo que obtuvo hasta ayer no fué producto ni de su siembra personal ni siquiera de su cosecha indivisa. De aquí a más días comienza usted a andar solo. A la edad de usted agonizaba ya Napoleón en Santa Elena. Sin embargo, de ambición y de bríos tiene usted las medidas de un capitán artillero.

A lo que íbamos.

Ministro del Gobierno provisional de la República, ministro de la Guerra, ministro de la Gobernación, presidente del Consejo de Ministros, diputado dos veces, lo fué usted al lado de don Alejandro Lerroux, compartiendo con él y con su vieja guardia, primero el negro pan del exilio, después el opulento festín del mando. ¿Recuerda usted? Una noche, dramática noche de crisis profunda, llamó usted a la puerta del dormitorio de un viejo. Le acompañaban a usted dos hombres a los que con aquél usted había combatido mucho. El triunfo del viejo era inexorable. Fatalmente el viejo iba a tomar el Poder. Usted, que tantos años había sido fiel al viejo, aquella noche dramática de crisis profunda lo abandonó y se puso a conversar con aquellos dos hombres que odiaban al viejo y a usted. Y le dirían que a usted le odiaban menos; que o gobernaba usted o desencadenaban la revolución. No se atrevió usted a ir solo a degradar a su jefe, a arrebatarte el centro mientras dormía en cura de su lucha parlamentaria con la serpiente. Y fué usted con ésta y con otros a enroscarse al cuello del desposeído. ¿Se acuerda usted? Del dormitorio del viejo, al que despertaron cuando soñaba que unos atracadores le exigían «la bolsa o la vida» salió usted presidente del Consejo de Ministros. Se enroscó usted al cuello del desposeído. No le estranguló. Después hizo usted unas elecciones que cristalizaron en un Parlamento sin sangre republicana. La única sangre republicana del Parlamento cuya elección tuteló usted era la sangre del viejo jefe. Y ha sido en esa sangre donde usted ha puesto el disolvente de su orgullo, de su soberbia, ¡desparramándola en la alborotada plaza pública ¡para gozo de los enemigos de la República y de los amigos que la deshonraron... ¿A quién sirve usted, D. Diego? A los monárquicos, no; a los populistas agrarios, menos; a los hombres del bienio, jamás, que usted mismo los fulminó con su frase inmortal: «Lodo, sangre y lágrimas».

¡Ah! Sus discrepancias con el partido radical, su emigración de él, su absoluto apartamiento del viejo jefe y de sus leales es un imperativo de